

vuelto y revuelto muy mucho, resignámonos á permanecer despiertos, buscando medios como engañar el tiempo de cualquier manera. Imposible. Cigarros, pipas, libros, cartas geográficas, todo se nos caía de las manos. Probé á escribir: á la tercera línea la cuartilla estaba empapada en el sudor que me caía de la frente con tanta abundancia como el agua cuando se exprime una esponja en ella embebida. Sentía que recorrían mi cuerpo en todas direcciones, copiosos arroyuelos que se entrecruzaban, engrosaban, formaban confluencias y remolinos, y descendiendo á lo largo del brazo y de la mano, aguábanme la tinta en el pico de la pluma. En breves instantes, pañuelos, toallas, lienzos, cuanto podía aprovecharse para secarnos, quedó empapado cual si se hubiese metido en un algibe. Teníamos un barril lleno de agua: probamos á beberla: estaba hirviendo. Echámosla inmediatamente: aún no había llegado al suelo y ya no quedaba rastro de ella. A las doce el termómetro marcaba cuarenta y cuatro grados medio. La tienda estaba hecha un horno. Quanto tocábamos abrasaba. Púseme una mano en la frente: parecióme que la ponía encima de una estufa. El lecho nos escaldaba los flancos hasta el punto de sernos imposible permanecer acostados. Saqué la mano de la tienda para tocar el suelo: estaba abrasando. Nadie hablaba. Sólo de cuando en cuando llegaba á nuestros oídos alguna plañidera exclamación tal cual:

— ¡Esto es morir!

— ¡No puede resistirse!

— ¡Hay para volverse loco!

Ussi se asomó un momento á la puerta de la tienda, y con los ojos saltándosele de la cabeza, exclamó:

— ¡Se muere!

Y desapareció.

Diana, la pobre bestezuela, acurrucada al lado del comandante, jadeaba afanosamente, de manera que parecía iba á espirar. Fuera de la tienda no se oía una voz humana, no se veía alma viviente; todo estaba inmóvil como en un campamento abandonado. Los caballos relinchaban tristemente. La camilla del médico, colocada al lado de nuestra tienda, crujía como si fuera á hacerse pedazos. De repente interrumpió el silencio la voz de Selam, que al pasar precipitadamente, dijo:

— ¡Se ha muerto un perro!

— ¡Y va uno! — contestó con voz ronca el comandante, alegre y decididor como siempre.

El termómetro indicaba cuarenta y seis grados y medio. Entonces hasta las lamentaciones se interrumpieron. El comandante, el vicecónsul y yo permanecíamos tendidos en el suelo, inmóviles como cuerpos muertos. Sólo el capitán y el embajador eran en todo el campamento los únicos cristianos que daban todavía señales de vida. No recuerdo cuánto tiempo permanecí en aquella situación. Hallábame sumido en una especie de estupor; soñaba con los ojos abiertos; bullíanme en la mente mil confusas imágenes de lugares frescos y de cosas heladas: me parecía precipitarme desde lo alto de una peña á un lago profundo: colocar la cabeza debajo del abundoso chorro de una bomba: construirme una casa de hielo: devorar en diez minutos todos los quesitos helados de Nápoles: y cuanto más me metía en el agua, y me regocijaba con la idea de la frescura, tanto más me sentía morir de calor, de sed, de rabia y de decaimiento. En tal estado llegó á mis oídos la fatídica voz del capitán, diciendo:

— ¡Cuarenta y siete!

Y no oí más, ni recuerdo haber oído otra voz...

Al anochecer vino á visitar al embajador, en nombre de su padre enfermo, el hijito del gobernador de los Beni-Hassen, que habíamos visto aquella mañana. Entró en el campamento á caballo, acompañado de un oficial y de dos soldados que lo tomaron en brazos para que se apeara, y con mesurado paso adelantóse hacia el embajador, arrastrando su rozagante capa azul, con la mano izquierda apoyada en el alfanje, más largo que él, y la diestra extendida en ademán de saludar.

Por la mañana, viéndolo á caballo, nos había parecido un arrogante muchacho, pues sus ojos vivísimos y penetrantes, y su rostro pálido y perfectamente ovalado, le daban una fisonomía altamente simpática; mas al contemplarlo á pie, observamos que era raquítico y un tanto jorobado. Tal vez nacía de esto su profunda tristeza. En tanto permaneció á nuestro lado, no asomó á sus labios la sonrisa más insignificante, ni se serenó un momento su angustiada faz. Contemplónos á todos consecutivamente, dirigiéndonos una mirada profunda é investigadora, y siempre contestó al embajador por medio de palabras aisladas, pronunciadas humildemente. Sólo en una ocasión iluminó sus pupilas un destello de satisfacción, y fué cuando el embajador le hizo decir que estaba enamorado de las carreras de aquella mañana, y de la arrogante y al par graciosa manera como montaba; sin embargo, no fué más que un destello fugaz.

Pero la verdad es que aun cuando no le quitábamos los ojos de encima, y que aquella debía ser probablemente la vez primera que, con carácter oficial, se presentaba á un embajador europeo, no dió muestra siquiera de turbación ni embarazo. Tomó lentamente su té, comió dulces, habló al oído á su ayudante, arreglóse dos ó tres veces su diminuto turbante, observó atentamente nuestras botas, dejónos adivinar

que se aburría, y después, despidiéndose estrechando contra su pecho la diestra del embajador, dirigióse hacia el sitio en que dejara su caballo, con la misma gravedad de sultán con que se había acercado á la tienda.

Puesto sobre la silla con auxilio de su oficial, dijo una vez más:—La paz sea con vosotros,—y partió al galope, seguido de su pequeño estado mayor encapuchado.

Aquella misma noche llegaron al campamento varios enfermos en busca del doctor, que con el dragomán Salomón y una escolta de soldados, hacía poco había salido para regresar á Tánger por el camino de Alcázar. Había entre ellos un pobre muchacho desnudo, macilento, con los ojos inflamados hasta el punto de que apenas veía, pareciendo prostrado de cansancio.

—¿Qué quieres?—preguntó Morteo.

—Busco al médico cristiano,—contestó con voz temblorosa.

Cuando comprendió que había marchado, permaneció durante un rato como entontecido, y después con desesperado acento dijo:

—¡Pero yo no veo!... ¡He andado ocho millas para venir á este lugar á fin de que el médico cristiano me curara!... ¡Yo necesito ver al médico cristiano!

Y prorrumpió en un llanto tan amargo que partía el corazón. Morteo le dió una moneda, que aceptó con indiferencia, é indicándole el camino que el médico había tomado, le dijo que si andaba á buen paso tal vez lograría darle alcance. El pobre muchacho vaciló durante un rato, mirando en aquella dirección con los ojos cuajados de lágrimas, y después se puso en camino lentamente.

Aquella tarde traspuso el sol bajo un pabellón inmenso de nubes de oro y escarlata, y lanzando rasantes á la llanura

sus rayos postreros, hundiéndose detrás de la línea del horizonte como enorme disco de fuego, que se hubiese sepultado en las entrañas de la tierra.

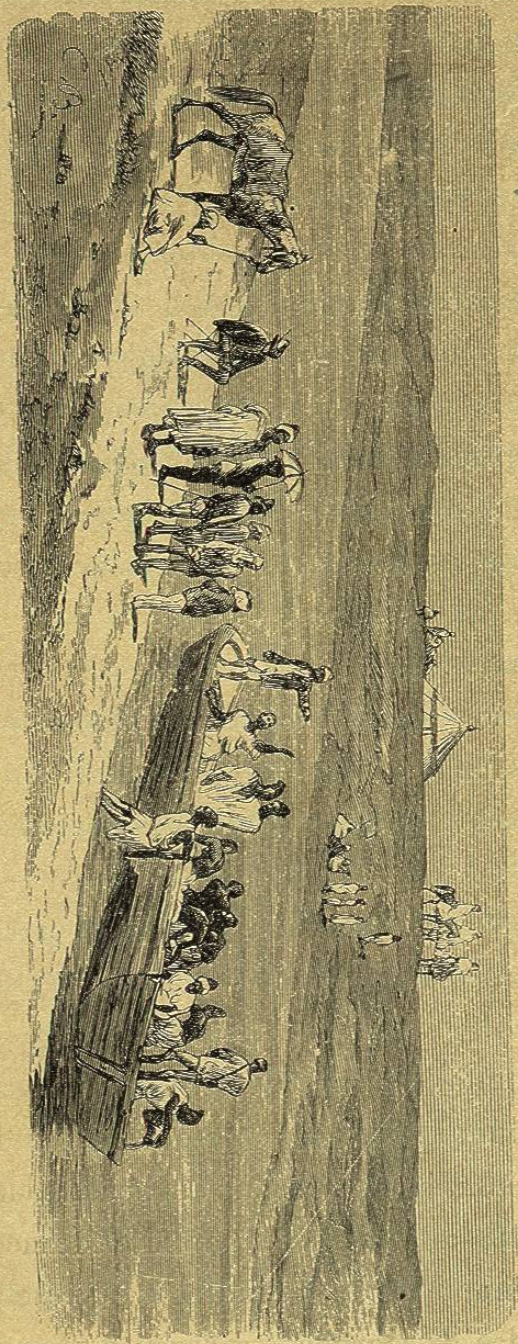
¡Durante la noche sentimos frío!

Á la salida del sol nos hallábamos ya en la orilla izquierda del Sebú, en el mismo punto por el cual lo habíamos atravesado viniendo de Tánger, y, apenas llegados, vimos aparecer sobre la orilla opuesta, acompañado de sus oficiales y soldados, al simpático gobernador Sid - Bekr - el - Abbassi, con la misma capa blanca y el propio caballo negro guarnecido de azul celeste, con que se nos presentara la primera vez.

Sin embargo, el paso del río ofreció en esta oca-

sión una dificultad con la cual no se contaba.

De las dos barcazas de que debíamos servirnos para seme-



Paso del Sebú, á nuestro regreso

jante operación, la una estaba hecha pedazos: la otra por demás maltratada y encallada en parte en el fango de la orilla. El pequeño *aduar*, habitado por las familias de los barqueros, se hallaba desierto: el río sólo con inminente riesgo podía vadearse, sin que se pudiera disponer de ningún otro barquichuelo, como no fuera dirigiéndose á un lugar que distaba una jornada á lo menos del sitio en que nos hallábamos. ¿Cómo pasar? ¿Qué hacer? Un soldado pasó á nado el río y fué á poner en conocimiento del gobernador lo que ocurría, y éste á su vez envió otro soldado que atravesando el río de la propia manera, nos explicó lo que había pasado. Los barqueros habían sido avisados el día precedente para que se hallaran dispuestos, á fin de poder trasladar la embajada que debía llegar al amanecer del día próximo; pero como las barcazas, por su desidia, se hallaban punto menos que inservibles, no considerándose capaces, ó no queriendo tomarse el trabajo de recomponerlas, habían huído durante la noche, sabe Dios dónde, llevándose consigo sus familias y ganados, para sustraerse al castigo del gobernador. No quedaba, pues, más recurso, que intentar la reparación del barco menos maltrecho, y así se hizo. Los soldados fueron á buscar hombres á los vecinos *aduares*, é inmediatamente comenzaron los trabajos bajo la experta dirección de Luis el calafate, que en aquella ocasión, para él memorable, sostuvo gloriosamente el honor de la bandera italiana. Daba gusto ver la manera cómo trabajaban los árabes y los moros. Diez de ellos, gritando y agitándose, no hacían en media hora la labor que Luis y Ranni, trabajando tranquila y silenciosamente, realizaban en cinco minutos. Todos mandaban, todos criticaban, todos se encolerizaban, todos cortaban el aire con ademanes imperiosos, como podrían ser los de un verdadero almirante;